

El sueño creador en María Zambrano: hacia un saber sobre el alma

Hubo un espacio donde razón e intuición se hicieron uno para sustentar así todas las aristas del pensamiento humano. Fue el espacio donde la sabiduría, sin distinciones ni especializaciones, provocó las primeras interpretaciones del mundo.

En ese tiempo y espacio María Zambrano fijó su muy particular “filosofía de la vida”.

Su nueva “razón poética” – asunto ya sabido – es una “razón mediadora” que modula y acerca su discurso a una fuente auténtica de sabiduría.

En ese ámbito intermedio entre razón e intuición, se descubre lo que para María será el “sueño creador”, espacio donde el hombre encuentra, confluyentes, las razones disímiles y válidas para el conocimiento. Por su modo de filosofar, situado desde las razones del corazón, buscado en lo profundo de sí misma, llega hasta un saber sobre el alma.

El sueño creador se explica por las raíces de su pensamiento que llegan a una fuente de racionalidad próxima, antes que todo, al propio hombre y con él, a Dios. Próxima al hombre por reverencia ante su “inteligencia”, que no a la pura razón, porque el inteligir humano

tiene la notable distinción, condición *sine qua non*, de una cualidad sensitiva por su remanencia espiritual. De aquí que sintamos a María Zambrano “interpretando” a su modo las corrientes más fuertemente sustentadas en su corpus teórico para huir de las trampas que un inflexible “esencialismo” en ellas pudiera tenderle y que le alejaran de la magnífica diversidad del Ser en su multiplicidad.

Como el mismo San Agustín entendiera el proceso de conocimiento por “iluminaciones”, en medio de una total desnudez de pretensión que superara la capacidad de “atender” y “adquirir” humanos, María conoce que “hay que dormirse arriba en la luz” para impregnarse de su saber. Pero conoce también que primero hay que bajar “allá en lo profundo”, en los *inferos* donde el corazón vela y se desvela y se “reenciende a sí mismo”. Cavernas del sentido sanjuanianas que vienen, en una larga parábola, de aquella primera gran metáfora del saber que ideara Platón.

Ella misma nos dice los caminos de su razón al recordarnos que en España “todo lo que es iniciático es de origen sufi”. Esa herencia, “conservada a duras penas”, vuelve a hacernos sentir el camino desde la noche hasta la luz como nos hace sentir la herencia órfica su sentido cíclico y giratorio. María es una gran iniciada porque va más allá de una cultura preestablecida para dedicar su vida al culto del amor

a ella. Por encima de todas las variadas y determinativas fuentes de pensamiento, lo más importante es que, en idéntica actitud que Santa Teresa de Jesús, su pensamiento estuvo abierto a todas las doctrinas posibles, en lo que el poeta cubano José Lezama Lima calificara como “el no rechazar teresiano” y que fuera para ambas esa antropofagia cultural tan propia de la condición humana, amalgama de conocimientos que no es sumatoria mecánica sino integridad basada en una nueva postura de indagación que procura fundar un culto al saber, saber que será en ella “lógica del sentir” o más precisamente “un saber del alma”.

Y un nuevo modo de filosofar es el que propone María Zambrano: el cercano a los orígenes, el que es capaz de llegar a los “infiernos de la luz” y ver a la criatura aun increada. De este modo diría la filósofa:

... hay una íntima, indisoluble correlación entre inocencia y universalidad. Sólo el hombre dotado de un corazón inocente podría habitar el universo. (Zamb; 1990; 108)

El “esencial mediador” zambraniano, no es más que el puente entre la inocencia del hombre y la búsqueda de su ámbito, que será paradisiaco en la medida en que su engarce sea orgánico por “simpatía”, por correspondencia y, sobre todo, por amor.

Así el camino de su indagación será la fe en sí misma, pero sobre todo, dentro de sí misma, en su intimidad, que no es otro el camino de llegar a “los universales” que responden a la voz interior. Intimidad y revelación: conocimiento pleno del ser en el sueño. Así dice Zambrano:

Al entrar en el sueño se va hacia esta situación reveladora, hacia el desnudarse de la intimidad última. Se despoja el sujeto de su personalidad, de ese quehacer que al par que lo emplea lo reviste de su máscara. (Zamb; 1992;55)

La interacción entre la fe y la razón – disquisición largamente acariciada por el pensamiento humano – está sostenida sobre todo por la confianza en el Amor que guía más allá de los resortes circunstanciales o puramente “racionales”, modo que asegura que las respuestas salgan del entorno finito para hallar la trascendencia.

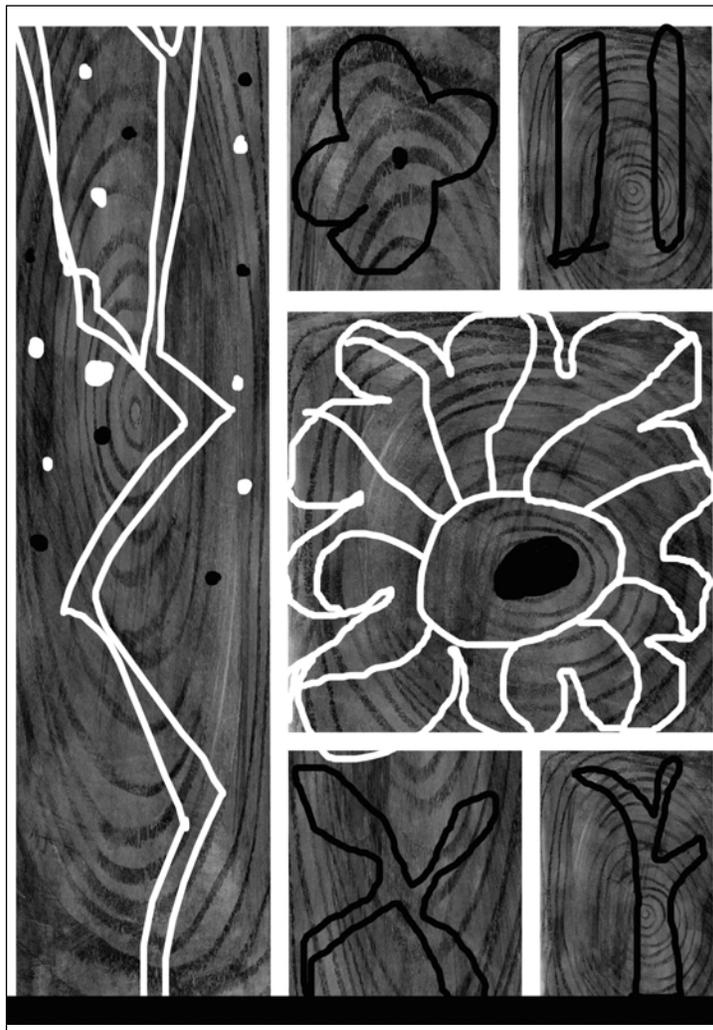
Como para María Zambrano, la íntima comunión entre la fe y la razón, que para ella se vuelve fe en el corazón humano, es ese “ser en la filosofía” más allá de un “ser para la filosofía”, porque – como han destacado otros autores – el ser del hombre y con él su mundo – que es la base de la reflexión filosófica - ofrece una lectura que debe ser seguida hasta el final, como integridad de vida – su “camino de vida y esperanza” – para, siguiendo el *Verum* y el *Bonum* (el Bien y la Verdad), tener una certeza de aquello que se hace objeto del filosofar y que, de no ser así, daría solamente la satisfacción parcial a una expectativa a medias, pero nunca la plena satisfacción del verdadero saber.

Pero ese sentimiento volitivo de proyectarse más allá de sus “circunstancias” y coyunturas, de ese espacio epocal que es como accidente social, produce una ruptura con la inercia del estar para “poder ser”. Las anclas circunstanciales – cuando son entendidas como “fatalismos” y no consecuente medio natural – son, para María Zambrano, el lastre del que se desprende el hombre como ser “racional” para convertirse en ser y espíritu. De ahí su encomio a la filosofía griega, cuando dice:

Avanzaba con la fuerza de la esperanza unida a la razón.

Era una aurora. (Zam; 1989; 108)

Mas para vislumbrar la aurora o, al menos, su claridad, es necesario ansiar el Absoluto que ella anuncia, vencer la angustia que produce la paulatina adquisición de conocimientos, el tránsito tortuoso que hay entre la ignorancia – cómodo equilibrio del desconoci-



RAFAEL ROMERO, "Garden" n° 039

miento – y el saber. Ansia y voluntad de saber que transforma la aparente quietud del sueño en un "sueño creador". Así comenta la filósofa:

Hay alguien que sueña. Alguien encerrado en el sueño que quiere salir de su prisión, que no se resigna a estar sumergido. Un alguien que teme seguir así, quedarse así, y logra al fin abrir un resquicio entre la espesa capa que le circunda y separa de la realidad, de sí mismo, que le aísla de su propia vida. (Zamb; 1992; 50)

Al comprender las "trampas" del conocimiento, Zambrano hace de su especular no una "temporada en los infiernos" sino una participación total. Vivencia que es existir dentro

de la filosofía para no sentir la angustia del conocer desde otra orilla sino en la vecindad carnal que otorga la conjugación en sí misma. Sumersión en la inocencia del no saber como en el espacio del no ser que es el sueño. Inmersión en el conocimiento no como alimento de la sola razón sino del ser en su totalidad, tal como fuera para la poesía el entañamiento con el origen de todas las cosas para, en su pleno conocimiento, nombrarlas otra vez.

La vocación de conocimiento en María Zambrano, fue afán apologético, abarcador, omnisciente. De ahí esa fusión reveladora entre la filosofía y la poesía como "solución unitiva" de cada una de las cuestiones que la existencia le marcaría. Por eso sería la fundamentación del conocimiento la propia de la

Creación, no en una suplantación soberbia de roles entre “el hombre y lo divino” sino en su correspondencia orgánica como planos integradores de “lo humano”. La idea integradora de todo conocimiento que sostendrá su concepto de “saber” - más allá del propio de “sabería” - lo expone así:

En el orden del conocimiento se quiere encontrar la fundamentación de la ciencia, es decir del conocimiento que ya se posee, pero que por lo visto, no es bastante el que se posee, si no se posee desde su íntima raíz. Se trata, realmente, de un conocimiento ambicioso. Pues, en realidad, llegar a la fundamentación del conocimiento, es tanto como saber de las cosas lo que se sabría si se las hubiera creado. Es conocer desde la raíz misma del ser. Es conocer absolutamente. (Zamb; 1939; 96)

Filosofía que ansía la poesía y que se abraza en la unidad, ya casi eclipsada en la modernidad, de la *poiesis*. Conocimiento poético que no evade la angustia como “estrella enemiga” sino que la asume en una armonía existencial que parte del amor. Recuperación de aquella primera relación hombre- Creador, Logos – Cristo como emanación de amor y comprensión con aquello que – angustiosamente también – se desprende del Todo para seguir su propio camino de re-conocimiento fragmentario, finalmente reconciliado con su Hacedor.

Entrega sustancial del creador que no aleja de sí ese objeto de conocimiento como ajeno sino que lo acepta y cobija hasta sentirlo como suyo. “Angustia creadora” de buscar al Otro no fuera de sí mismo sino en la intimidad de su Yo, como presupuesto de ese nuevo modo de filosofar que tan sólo es alcanzado por un “saber del alma”. Sueño de creación, sueño creador, que hace decir a la filósofa:

¿ No será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos, su sueño? (Zamb; 1939; 124)

Así comienza, en una definición de lo que será la base conceptual de su reflexión como nuevo racionalismo o “razón poética”, el descenso como introspección en el éxtasis, reconocido viaje hacia el conocimiento; poética movible que hace el viaje cuanto más profundo, más incisivo en la contemplación y mayor en la posibilidad de perfección; viaje al interior de las esencias - como viaje onírico - en busca del autorreconocimiento. Como en Santa Teresa, es casi “arrobamiento pasional” en su ansiedad por llegar a la Unidad, angustia frente a los escollos que ofrecen los engañosos sentidos, avidez de encontrar los “saberes del alma”.

La nueva razón que convoca el espacio de la *poiesis* en una aproximación de igual signo a los resquicios más profundos del alma, será entonces, como para San Juan de la Cruz, “las lámparas de fuego” que iluminan “las profundas cavernas del sentido”.

En este tránsito que requiere “las lámparas de fuego” para el conocimiento, el cruce casi tenebroso de “un gran puente, desatado puente que acurruca las aguas hirvientes” (Lez;1985;105), acude también María Zambrano a la “noche oscura” del sueño en que los sentidos pierden su orden y sus dimensiones para ser un río “de aguas absorbidas por el tiempo”, magma universal que conduce, en su traspaso por sí mismo, hasta el alma como preámbulo de su comunión con Dios.

Pero ese grado de “alta contemplación” es sólo conseguido por medio del nuevo acondicionamiento de la razón, luz intelectual del hombre como derivación de la luz sobrenatural que impregna Dios. Porque, como expresara la filósofa Simone Weil sobre la naturaleza de las intuiciones en el cristianismo, “*el pensamiento de Dios es él mismo y así penetra en el hombre por ser su “hijo”; y penetrar en el pensamiento humano es un modo de ser él el orden del mundo*”. (Weil;1989;178)

Es pues en el cristianismo, así como en su vertiente mística, la luz intelectual la forma humanizada de la iluminación por donde penetra Dios irradiando su razón. Modo de ser de la “racionalidad” en su parentesco con el alma y el espíritu humano, el visionar también la “nueva razón poética”.

Esta mediación divina como luz que permite ver la realidad, “semitinieblas” -al decir de Simone Weil - de las que salimos gracias a la prodigalidad de la visión divina, determina un logos en el pensamiento cristiano - y así por el carácter místico e idealista en el pensamiento irracionalista - basado en la definición que hiciera el Apóstol Juan, de Cristo como *logos*, que en su acepción etimológica más exacta es “relación”.

De este modo la relación cristiana en el hombre se establece por medio de una razón en la que participa su ser como entrega a Dios. Cristo, como misterio de Dios encarnado, será llave del conocimiento pues es el hombre quien, en su mediación con la divinidad, puede abrir los arcanos de la comprensión del mundo. Comprensión que abre igualmente una posibilidad en la “revelación del mundo” permitida a la Poesía y a los planos del soñar.

Ya en el pensamiento moderno, permeadas las corrientes del irracionalismo en los cauces del vitalismo e intuicionismo, se precisan aún más los detalles de la “razón poética” cuando el hombre “introspecta” sus preguntas en un encuentro que no siempre llevará el nombre de Dios.

Según el investigador español Moreno Sanz, *“toda gnosis es una auténtica educación de la atención, del saber mirar y ver y del atento escuchar”* (Zamb; 1989;). Idéntica resonancia se escucha en las palabras de los poetas originistas Eliseo Diego: “secretos del mirar atento” y Fina García Marruz: “las miradas perdidas”, tan cercanos ambos al propio pensamiento de la filósofa. Expectativa y atención que en el

sueño se refuerzan por ser éste el ámbito más propio a toda revelación. Así dice María:

Más que imagen de la muerte es el
hombre que duerme imagen del
no nacido del todo, imagen del que
está aquí, mas sin haber abierto
todavía los ojos. Abre los ojos y ya
está aquí despierto, nacido.
(Zamb;1992;54)

Para el vitalismo de María Zambrano, la razón que lleva al perfecto conocimiento es la que recoge no sólo el hilo de un pensamiento estrictamente intelectual, especulación teórica sobre la realidad sensorial, sino “los saberes antiguos” en una ilación de distintas experiencias vitales que parten de una relación más amplia del creador con la materia que nutre su creación. Es la “razón mediadora” o “razón poética”, a medio camino del cartesianismo puro y del intuicionismo vitalista de Bergson, que no es más que la neutralización del rigor racionalista con las “razones del corazón” de Pascal, así como fuera en el *raptus* poético de los místicos españoles.

Lo prelógico y lo lógico, comúnmente definidos por lo irracional y lo racional en su integración deciden la potencialidad poética. Lo racional y lo irracional se hacen dualidad conciliatoria cuyas bases se encuentran en el origen del mito y la poesía, mundo prelógico que derivará en las interpretaciones “lógicas” del pensamiento moderno.

El remanente irracional del pensamiento mítico también penetra la ciencia moderna y define su método en “creaciones interpretativas”, al margen de la exactitud y lo fidedigno, misterio que atrae e impulsa el espíritu indagatorio y que representa el intervalo de probabilidad e incertidumbre de su acercamiento. Es el sustrato metafísico de toda realidad expresada por el hombre, según Plank, y el esfuerzo de racionalización humana por entender el universo en dependencia directa con la materia de la que es forma altamente organizada por la

evolución, definitiva de la relación simpatética del hombre y la naturaleza en el pensamiento mítico, según Einstein. Son los signos que surgen a través de la conciencia - pensamiento racional - y que la lógica no puede disipar, “signos del reino de las matemáticas y figuras también de otros reinos” como diría María Zambrano, que son las “razones seminales” que permean la clara conciencia, “razón mediadora” que alcanza las dimensiones míticas de una prelogicidad.

El acondicionamiento del mito como fuente de la conciencia moderna, la establece Jung en el símil poético de la *“flor de loto que surge de las profundidades”*, lo que rememora el develar de la conciencia humana de las entrañas y abismos del saber, como fuera para María Zambrano. Allí será el origen, sustancia de los sueños.

Los “saberes” – filosóficos y poéticos – traen consigo el “polo irracional” que se deja escuchar como maremagnum donde yace el verbo, para alejar la tan temida para Zambrano “experiencia desoladora de lo sin nombre”.

Así la sustancia poética imbuida en el sueño, se siente sobre el “reino de lo increado”, confín mítico que ofrece el caudal de la reminiscencia y que alcanza al hombre por su memoria. La memoria alcanza el mundo prelógico, mitológico, pues ya todo es la pura imagen anegada. Y frente a este anegamiento de la sustancia se sitúa la creadora.

La relación simpatética, afán de reconciliación de la dualidad, es la base de la “razón poética” zambraniana; la vocación unitiva como motor es base gnoseológica que guía el ejercicio de la nueva racionalidad. El “espíritu de sutileza” pascaliano complementa el “espíritu geométrico”. Las “verdades del corazón” limpian de escollos el camino para “un saber del alma”. De este modo hasta la razón pura llega la intuición, verdad del corazón que es penetrada por un acto de amor, lo irracional que se acerca a la “intuición amorosa”, participación en la corriente vital y energética de la

existencia en su integración; intuición que es simpatía “*por la cual uno se transporta al interior de un objeto - tal diría Bergson - para coincidir con aquello que tiene de único, y en consecuencia de inexpresable.*” (Bergson; 1949; 105))

¿Y no será ésta la resonancia simpatética como “*fundamento biológico de la percepción estética*”, entrega absoluta por el conocimiento, por la participación? ¿Y no será ésta la simpatía que provoca la entrega de la “razón”, la consustancialidad con la naturaleza para “intuir” su verdad?

Para María Zambrano, la “razón en la sombra” abrirá sus cauces por la poesía, o más precisamente, por su “razón poética”, lo que le hará decir: “*Ya así la poesía, habitará como verdadera intermediaria en el oscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen.*” (Zam; 1991; 13). Reino de lo increado donde las nuevas razones vuelven al sueño creador.

La intuición bergsoniana diseña uno de los aspectos de la razón poética zambraniana en la relación simpatética con la naturaleza como método de conocimiento. En Bergson, la acción de la conciencia como *élan vital*, agudiza el proceso intuitivo y así ocurre la duración (durée) por la superposición de “conocimientos” constituyente de la memoria - lo que en María Zambrano serían los planos vivenciales donde opera la “razón mediadora”, los saberes del corazón como intuiciones y aprehensiones existenciales. En el concepto bergsoniano de “intuición”, se basa en gran medida la *gnosis* zambraniana. Pero el sentido de pura “irracionalidad” que caracteriza la filosofía vitalista de Bergson, ofrece distinciones en ella por su dosis de racionalidad. La fuerza caótica de la sustancia ofrece la resistencia a la razón, pero la angustia es vencida por la misión y se rescata la imagen que fija, momentáneamente, el poderío arrollador de la vitalidad. A la “ciega voluntad de vivir” de Schopenhauer se agrega el por qué vivir; a la “evolución creadora” de Bergson se añade “hacia qué” evoluciona.

Más para transgredir los márgenes permitidos al conocimiento fuera de toda escisión convencional, se acude a ese “saber del alma” donde se confunden las respuestas por hallar la más pura solución. No es gratuito en María el acudir al intuicionismo bergsonian para sostener una línea de razonamiento en su discurso, no en apoyos lectivos o prácticos, sino como quien acude a un amigo que sabe le escuchará. Y es que este intuicionismo no se construye desde una especulación sin sombra, sino que busca en el interior de la ciencia físico – matemática el auxilio de esa tenue condición metafísica que se descubre en la “intuición del cambio puro”, es decir, en las metamorfosis, aquellas quizás a las que apelaba Zambrano para que la enajenación abrazara la identidad y así se convirtiera la razón humana en parte de la “fuente viva”, encarnación del propio espíritu vital – *élan vital* - y no en enemistad.

Esta interrelación entre razón e intuición propia de las matemáticas (interpretada en el pensamiento griego como matemáticas “desinteresadas” y no “utilitarias” – ancilares – las únicas dignas, según Aristóteles, para educar en el espíritu de “libertad”) es la base de las “razones seminales” o “razón poética” de María Zambrano que engarzan el proceso de conocimiento como cadena de intuiciones y razonamientos, no ajenos sino integrados. Así María, en su “afán apologético” de conocimiento, irá tras lo “puro inteligible” en el logro, primero – tal y como lo añoraría también el filósofo Jacques Maritain, de notable influjo en el pensamiento zambraniano – de las realidades materiales para poder alcanzar las realidades inmateriales. Materia y espíritu en la aspiración humana de encontrar, tras la bondad de la naturaleza el soplo divino de la creación. Posibilidad de hallazgo en el sueño.

Y así como el alma humana lleva su vida temporal sobre este mundo, como pensara el filósofo francés Jacques Maritain, así el mundo físico rodea ese “*singular destino metafísico*” que subyace en él y que gracias a la razón

mediadora entre cuerpo y alma, sale a flote para aplacar en algo el ansia de saber del hombre. No es otra la base de los “saberes antiguos” y no es otro el camino hacia su develamiento que el mostrado por las “razones del corazón” de la intuición zambraniana operante en el sueño.

Las razones que ordenan los pasos elegirán, por su sabiduría, el conocimiento. La elección es humana, lejana de todo dogma ofrece una duda por la experiencia, por el margen que dan las “creaciones interpretativas”, por el caudal que ofrecen las “razones seminales” y por ello también, ajena al total desconcierto irracional, tiene una certidumbre.

Entre estos dos extremos se extiende la *ratio*. La dualidad precisa el movimiento y permite las inexactitudes que derivan un vacío, la infinita posibilidad de la forma en la elección. Así se descubre el espíritu poético y por el “ente de imaginación” se adivinará “lo espiritual en lo sensible” - función de la poesía para J. Maritain.

Acerca de los misteriosos procesos creativos, dijo el poeta José Lezama Lima en su ensayo “La dignidad de la poesía”:

Se trata de trazar otro canon, de otra región donde lo primigenio indistinto sea la pieza de apoderamiento. (Lez;1958;380)

Como Lezama Lima, María Zambrano busca “otro canon”, otro rango de racionalidad que justifique la relación simpatética de los objetos y la naturaleza, en un enlace que alargue el significativo hasta las más lejanas raíces, donde el lazo que opera un nuevo causalismo imponga la razón germinativa - la “razón mediadora” - que actúe hacia una finalidad ilimitada, participante en la temporalidad, y que encuentre su sentido en los orígenes.

Como un viaje a los orígenes, al “estado puro de estar yacente sin imágenes” que evocara Zambrano, es la irrupción en el motivo de

lo prenatal, una de las entidades de lo irracional, que conduce como una de sus formas al sueño, figura reiterativa que categoriza el rango de lo inconsciente y que vibra en la coloreada “noche del ser” (noche del sentido sanjuaniana) por el centellar de la conciencia; sueño que será un signo del reino de lo sacro, hechura de divinidad donde el hombre habita la dimensión más íntima y profunda para llegar a la claridad de su propia razón.

Así se vislumbra la semejanza entre el sueño y la poesía - para María espacio onírico “donde se vivió sin pretensiones de poseer” - entidades ambas emisarias del mundo en sus ángulos más recónditos, responsables de la continuidad de un movimiento que impulsa el viaje en su visita a las sombras, como *infero* oculto en la memoria.

Los “contenidos manifiestos” del sueño son el resultado del “ente de razón fundado en lo irreal”, recordado por Lezama. En el sueño se desintegra lo visible y se manifiesta el espíritu universal. En la interioridad de la acción está el descubrimiento de sí mismo. Así coincide María con el poeta habanero al decir éste sobre el método onírico: “*Ya nos envuelve, la idea entonces convertida en objeto, portando aún su bujía, baje a la vida interior*” (Lez;1988;32), ámbito donde se vivió sin pretensiones de poseer, sólo escuchando el “dictado de lo oscuro”.

El sueño es para María Zambrano una puerta a la realidad (como lo es también para Lezama Lima), lugar donde se reconocen los fragmentos perdidos, donde “*los más variados rostros*” - sin máscara - se hacen Uno en su diversidad.

Como búsqueda de otros saberes, de “un saber del alma”, el conocimiento llega en el reflejo de la sustancia. El concepto del “sueño creador” rescata el espacio donde se reconocen los signos más propios de la conciencia. Dice María Zambrano en *El hombre y lo divino*:

Hundirse en el sueño es el origen de música y poesía.

Hundirse en el sueño es delirar. Hay una sabiduría del sueño, no reconocida por la razón del hombre despierto, adivinación. (Zamb; 1987;48)

Esa razón dentro del sueño indica el camino hacia el *intimun*, cuando el hombre “*a oscuras y en silencio*”, a solas con su delirio encuentra el destino marcado por su propia y misma existencia.

Las intuiciones de María Zambrano le permiten alcanzar ese estado de gracia desde el que es capaz de contemplar la sabiduría gracias a esa “metáfora del corazón” implícita en su mirar. Sabe que buscar en los orígenes, en el agustiniano lago increado de la memoria, volverse a sí misma en diálogo perenne, es el modo de llegar a la plenitud del ser, porque en lo íntimo no se halla el hombre solo sino junto a ese Alguien que cada quien nombra en su interior. Es aquello que expresara San Agustín como “*intimior intimo meo*” (lo más íntimo de mi intimidad).

Quedarse a medio camino de esa intimidad es quedarse a medias con sus dudas. Se hace imprescindible llegar a la interioridad hasta reconocer al Otro que le habita, misterio cristiano del amor al semejante como a sí mismo, que es lo mismo que propone el budismo Zen cuando busca en el interior del hombre el Rostro absoluto; palabras que recuerda Zambrano cuando cita: “Señor, haz que reconozca mi rostro tal como era antes de nacer”.

De este modo la pensadora andaluza propone el viaje anterior a los propios orígenes del tiempo natural, y los persigue en el sueño, remanso del alma, allí donde la Verdad y el Bien no tienen propiedad de culto y son sólo las “palabras de un inocente escritas sobre la arena”, (Baquero;1990)

Notas y Referencias:

María Zambrano:

Filosofía y Poesía. Ediciones MORELIA, 1939

“La Cuba secreta”. En Revista *Orígenes*. Ucar, García y Cía., La Habana, Num. 20, año V, 1948

Claros del Bosque. Edit. Seix Barral, Barcelona, 1990

El Hombre y lo Divino. Fondo de Cultura Económica, México, 1987

La Razón en la Sombra (Antología) (selección, introducción y notas de José Moreno Sanz) Editorial Anthropos, 1989.

Los sueños y el tiempo. Ediciones Siruela, Madrid, 1992 (selección de textos y nota preliminar a cargo de Jesús Moreno Sanz)

José Lezama Lima:

Tratados en La Habana. Universidad Central de Las Villas, 1958

“Diario”, en *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, No. 2, 1988.

Poesía completa. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.

Simone Weil:

“De intuiciones pre – cristianas”, en *Orígenes*. Volumen VII. Editorial “El equilibrista”

Henri Bergson:

Introducción a la metafísica. Claudio García Editores, Montevideo, 1949.

Gastón Baquero: “Palabras de un inocente escritas sobre la arena” en *Poesía completa*. Verbum, Madrid, 1996.